

A continuación, presentamos el texto del próximo presidente de la AMP, que descifra con precisión la cita del Seminario 20 de la que extrae su título nuestro VI ENAPOL, y que ubica el lugar que tiene el cuerpo para el psicoanálisis, en una gran oposición con el que tiene para la tecnociencia. Bromeando, podríamos presentar esta oposición con el nombre de una película: Lacan contra Captain Cyber.

Hablar con el cuerpo, sin saberlo

Miquel Bassols



Hablar con el cuerpo. La expresión no es obvia y tiene su referencia en el *Seminario 20, Aun*, de Jacques Lacan, tal como nos la ha recordado tan oportunamente Ricardo Seldes ⁽¹⁾. Veamos el contexto: “Yo hablo con mi cuerpo, y eso sin saberlo. Digo pues siempre más de lo que sé. Con ello llego al sentido de la palabra sujeto en el discurso analítico. Aquello que habla sin saberlo me hace yo, sujeto del verbo”⁽²⁾. ¿Qué es entonces aquello que habla con mi cuerpo sin que yo lo sepa? Hay en el texto en francés una homofonía que conviene señalar: el sujeto —*sujet*— incluye lo sabido —*su*— y el yo —*je*— sujeto del verbo, sujeto del enunciado. Tal como había indicado el propio Lacan un poco antes en el mismo *Seminario*, aquello que habla con mi cuerpo y en lo que deberé reconocerme finalmente como sujeto, como Yo, no puede ser otra cosa que el Ello freudiano, el Ello pulsional que habla, que goza y que no sabe nada de eso. Este Ello es aquí el sentido de la palabra “sujeto” en el discurso analítico al que se refiere Lacan: “Allí donde ello habla, ello goza, y ello (no) sabe nada”. Conviene, en efecto, forzar un poco la gramática en cada lengua para acercarse a aquello que habla con mi cuerpo como sujeto, aquello con lo que terminaré

identificándome como Yo, en el mejor de los casos. Hay toda una clínica que nos muestra que eso no siempre es posible, ni necesario. En algunas psicosis, por ejemplo, el sujeto puede muy bien no identificarse en absoluto con aquello que habla con su cuerpo. El cuerpo va entonces por una parte, el sujeto por otra. ¿Cómo alguien termina por identificarse como sujeto, como Yo, con aquello que habla con su cuerpo? Es un proceso que siempre tiene algún desajuste, allí por donde Ello habla sin que Yo lo sepa, diciendo más de lo que Yo sé, generalmente en el síntoma.

Todo ello supone en primer lugar que un cuerpo no habla por sí mismo, supone por el contrario que un cuerpo es aquello con lo que el Ello habla, con lo que habla el sujeto pulsional —si esa expresión tiene un sentido en la medida en que la pulsión es acéfala, sin sujeto—. Un cuerpo no habla por sí mismo, es preciso que esté habitado de alguna forma por lo que escuchamos como el deseo del Otro. De nuevo puede parecer obvio señalarlo pero no lo es de ningún modo, al menos para la ciencia de nuestro tiempo para quien los cuerpos dicen, hablan por sí mismos, significan cosas con un saber ya escrito en ellos, ya sea en el gen o en la neurona. El sentido que el término "sujeto" tiene para el psicoanálisis implica, por el contrario, que un cuerpo no habla por sí mismo sino que más bien es hablado por el Ello, por el sujeto del goce, sin saber nada de ello.

Hablar *con* el cuerpo es entonces una expresión muy bien encontrada si pensamos además que uno de los ideales de la ciencia de nuestro tiempo sería precisamente poder hablar *sin* el cuerpo.

Veamos, por ejemplo, lo que dice un científico como Kevin Warwick, ingeniero, profesor de Cibernética en la Universidad de Reading, conocido por sus investigaciones en robótica y sobre la interfaz cuerpo-ordenador. Son investigaciones de este tipo las que están marcando el horizonte en el que el sujeto de este siglo hace ya la experiencia de su cuerpo como algo separado, como separable de él como sujeto, anexionable a toda una serie de artificios técnicos, mejorable en todas sus cualidades y, finalmente, parcializado en lo que conocemos como el cuerpo despedazado anterior al estadio del espejo. En su reciente paso por Barcelona, Kevin Warwick, apodado *Captain Cyber* y a quien tomamos ahora como portavoz de un científicismo en alza, pudo afirmar sin ninguna sombra de duda: "Nuestro cuerpo ya es solo un estorbo para nuestro cerebro"⁽³⁾. Por supuesto, la primera pregunta que podríamos dirigirle es si ha dejado ya de considerar a "nuestro cerebro" como una parte de "nuestro cuerpo". El problema no es banal, está en el centro de las neurociencias actuales cuando intentan definir los límites del cuerpo en relación a la mente, en un dualismo que retorna sin cesar a pesar de considerarlo ya resuelto. Pero veremos que ese "nuestro", término simbólico que debería fundar la unidad del cuerpo en cuestión, término fundado a su vez en una identificación con aquello que habla con "nuestro" cuerpo,

ese "nuestro" es más bien vacilante y, a fin de cuentas, absolutamente prescindible para la ciencia. Una vez troceado el cuerpo en diversas partes, ninguna de las cuales incluye necesariamente la identidad del ser que habla, el conjunto o la unidad que podamos recomponer con técnicas cada vez más sofisticadas no asegura tampoco ningún tipo de identificación ni de identidad: "¡Ahí está el problema! La gran incógnita del futuro es nuestra identidad", exclama entonces el científico que cree —es una creencia— que la identidad del sujeto es un dato inscrito en lo real del organismo, como si fuera una cualidad inherente a su naturaleza.

La imagen que se dibuja en el horizonte del avance tecnocientífico, aunque parezca más bien una realidad de ciencia ficción, es entonces la siguiente: una red de cerebros conectados entre sí sin necesidad de soportar ese resto de funciones prescindibles en las que se resumiría un cuerpo. El ideal que acompaña esta imagen es tan explícito como el que ha llevado a Kevin Warwick a intentar vencer los insondables problemas de comunicación que parece tener con su mujer. Es el ideal de una conexión directa de cerebro a cerebro: "Estaba claro que teníamos un problema de comunicación. Así que un día conectamos mi sistema nervioso a su mano y, cuando ella la movía, yo recibía los impulsos en mi cerebro, y nos comunicábamos con código morse". Es una experiencia que realizaría de forma literal, sin metáfora alguna, aquella otra que el poeta encuentra en el amor: "No soy sino la mano con la que tú palpas"⁽⁴⁾ De hecho, es una forma como otra de creer que la relación sexual puede escribirse, aquí en código morse, y que los sujetos pueden hablarse sin necesidad de pasar por el goce del cuerpo, de su bla-bla-bla tan engorroso como ineficaz desde el punto de vista del conocimiento científico.

El problema que encuentra Kevin Warwick por esta vía es, sin embargo, indicativo de otro real que se agita en los cuerpos y que no parece ser reducible al real que la ciencia aborda con sus instrumentos. Es el real del propio lenguaje, el real que aprendemos a situar con el término *delalengua*. Si el sujeto tampoco ha logrado así la correcta comunicación con su mujer es porque el ingenio "topó con la misma barrera que nosotros: la interfaz entre cerebros, el lenguaje [...] Comparado con lo instantáneo y preciso de la transmisión en la red neuronal, nuestro lenguaje es un código ambiguo e impreciso... Y hablar, ¡qué lenta y primitiva manera de emitir y recibir ondas sonoras!" Entonces, si los cuerpos eran ya un estorbo también lo será finalmente el lenguaje humano que se muestra absolutamente inexacto e ineficaz, equívoco y parasitario, imbuido de un goce inútil. Queda sin embargo, a juicio del propio científico, un resto imposible de eliminar: esa presencia del lenguaje en los cuerpos, un real del que ese goce inútil es el mejor testimonio.

Es precisamente en este goce inútil donde el psicoanálisis ha encontrado al sujeto del Ello, aquello que habla sin saberlo yo, ese Ello que siempre era —“Donde Ello era...” — y al que Yo, como sujeto, debo advenir, para retomar la fórmula de la ética freudiana releída por Lacan. Y Ello siempre habla, aunque sea de un modo que parezca primitivo, Ello siempre goza allí donde el sujeto menos lo sabe. También en el científico.

Retomemos entonces la preciosa expresión de Lacan: hablar con el cuerpo será siempre el mejor testimonio de este Otro real que el psicoanálisis ha descubierto con el nombre de inconsciente y que nos convoca con tanto entusiasmo a nuestro próximo VI ENAPOL.

(1) En “Presentar el cuerpo”, consultable en la Web de ENAPOL: http://www.enapol.com/es/template.php?file=Textos/Presentar-el-cuerpo_Ricardo-Seldes.html

(2) Jacques Lacan, *Le Séminaire 20*, Encore, Du Seuil, Paris 1981, p. 108.

(3) Ver la entrevista en el periódico “La Vanguardia” del 19 de Noviembre de 2012: <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20121119/54355365278/la-contra-kevin-warwick.html>

(4) Evocamos aquí al poeta catalán Gabriel Ferrater: “No sóc sinó la mà amb què tu palpeges”.

A seguir apresentamos o texto do próximo presidente da AMP que decifra, com precisão, a referência do Seminário 20, da qual se extrai o título de nosso VI ENAPOL, e localiza o lugar que tem o corpo, para a psicanálise, em enorme oposição ao lugar que ele ocupa na tecnociência. Brincando, poderíamos apresentar esta oposição com o nome de um filme: Lacan em oposição ao Capitão Cyber.

Falar com o corpo, sem saber

Miquel Bassols



Falar com o corpo. A expressão não é óbvia e tem sua referência no *Seminário 20, Mais, ainda*, de Jacques Lacan, tal como oportunamente nos recordou Ricardo Seldes. (1) Vejamos o contexto: "Falo com meu corpo, e isto sem saber. Digo, portanto, sempre mais do que sei. É aí que chego ao sentido da palavra *sujeito* no discurso analítico. O que fala sem saber me faz *eu*, sujeito do verbo"(2). O que é, então, aquilo que fala com meu corpo sem que eu saiba? Há, no texto em francês, uma homofonia que convém assinalar: o sujeito *-sujet-* inclui o sabido *-su-* e o eu *-je-*, o sujeito do verbo, do enunciado. Tal como havia indicado o próprio Lacan, um pouco antes, no mesmo *Seminário*, aquilo que fala com meu corpo e no qual deverei reconhecer-me, finalmente como sujeito, como Eu, não pode ser outra coisa que o Isso freudiano, o Isso pulsional que fala, que goza e que não sabe nada disso. Este Isso é, aqui, o sentido da palavra "sujeito" no discurso analítico, assim referido por Lacan: "Lá onde o isso fala, isso goza, e isso (não) sabe nada". É conveniente, efetivamente, forçar um pouco a gramática em cada língua para

aproximar-se daquilo que fala com meu corpo como sujeito, aquilo com que acabarei identificando-me como Eu, no melhor dos casos. Há clínica que nos mostra que isso nem sempre é possível, nem necessário. Em algumas psicoses, por exemplo, o sujeito pode muito bem não se identificar com aquilo que fala em seu corpo. O corpo, então, vai por um lado e o sujeito por outro. Como alguém acaba por se identificar como sujeito, como Eu, com aquilo que fala com seu corpo? É um processo que sempre tem algum desajuste, lá por onde o Isso fala sem que Eu saiba, dizendo mais do que Eu sei, geralmente no sintoma.

Tudo isso supõe, em primeiro lugar, que um corpo não fala por si mesmo, pelo contrário, que um corpo é aquilo com que o Isso fala, com o que fala o sujeito pulsional, se essa expressão tem sentido, na medida em que a pulsão é acéfala, sem sujeito. Um corpo não fala por si mesmo, é preciso que esteja habitado, de alguma forma, pelo que escutamos como o desejo do Outro. Pode parecer óbvio novamente assinalar, mas, não o é, de modo algum, pelo menos para a ciência de nosso tempo para a qual os corpos dizem, falam por si mesmos, significam coisas com um saber já escrito neles, seja no gene ou no neuroma. O sentido que tem o termo "sujeito", para a psicanálise, implica, ao contrário, que um corpo não fala por si mesmo, mas, que ele é, antes, falado pelo Isso, pelo sujeito do gozo, sem saber nada disso.

Falar *com* o corpo é, então, uma experiência muito precisa se pensamos, ademais, que um dos ideais da ciência de nosso tempo é, precisamente, pode falar *sem* o corpo.

Vejamos, por exemplo, o que disse o cientista Kevin Warwick, engenheiro, professor de Cibernética na Universidade de Reading, conhecido por suas pesquisas em robótica e sobre a interface corpo-computador. São pesquisas deste tipo que marcam o horizonte em que o sujeito deste século já faz a experiência de seu corpo como algo separado; dele separável enquanto sujeito, anexável em toda série de artifícios técnicos, aprimorável em todas suas qualidades e, finalmente, parcializado no que conhecemos como o corpo despedaçado anterior ao estágio do espelho. Em sua recente passagem por Barcelona, Kevin Warwick, apelidado *Capitão Cyber*, que agora tomamos como porta voz de um cientificismo em alta, afirmou sem nenhuma sombra de dúvida: "Nosso corpo já é somente um estorvo para nosso cérebro".⁽³⁾ Evidentemente, a primeira pergunta que poderíamos lhe fazer é se ele deixou de considerar "nosso cérebro" como uma parte de "nosso corpo". O problema não é banal, está no centro das neurociências atuais, quando tentam definir os limites do corpo em relação à mente, em dualismo que retorna, sem cessar, apesar de considerá-lo resolvido. Mas, veremos que esse "nosso", termo simbólico que deveria fundar a unidade do corpo em questão, termo criado, por sua vez, em identificação com aquilo que fala com "nosso" corpo, esse "nosso" é antes vacilante e, no final das contas, absolutamente prescindível

para a ciência. Depois que o corpo está fragmentado em diversas partes, nenhuma das quais inclui necessariamente a identidade do ser que fala, o conjunto ou a unidade que podemos recompor com técnicas cada vez mais sofisticadas não assegura tampouco algum tipo de identificação nem de identidade: "Ai está o problema! A grande incógnita do futuro é nossa identidade", exclama então o cientista que crê –é uma crença– que a identidade do sujeito é um dado inscrito no real do organismo, como se fosse uma qualidade inerente à sua natureza.

A imagem que se desenha, no horizonte do avanço tecnocientífico, embora pareça mais uma realidade de ficção ciência é, então, a seguinte: uma rede de cérebros conectados entre si, sem necessidade de suportar esse resto de funções prescindíveis em que se resumiria um corpo. O ideal que acompanha esta imagem é tão explícito como o que levou Kevin Warwick a tentar vencer os insondáveis problemas de comunicação que parece ter com sua mulher. É o ideal de uma conexão direta, cérebro a cérebro: "Estava claro que tínhamos um problema de comunicação. Desse modo, um dia conectamos meu sistema nervoso à sua mão e, quando ela se movia, eu recebia os impulsos de meu cérebro e nos comunicávamos com código morse". Trata-se de uma experiência que se realiza de forma literal, sem metáfora alguma, como aquela em que o poeta encontra no amor: "Não sou senão a mão com a qual você apalpa"⁽⁴⁾. De fato é uma forma, como outra qualquer, de crer que a relação sexual pode se escrever, neste caso em código morse, e que os sujeitos podem se falar sem a necessidade de passar pelo gozo do corpo, de seu bla-bla-bla tão generoso como ineficaz do ponto de vista do conhecimento científico.

O problema com que Kevin Warwick se deparava, por esta via, é indicativo de outro real que se agita nos corpos e não parece ser reduzível ao real que a ciência aborda com seus instrumentos. É o real da própria linguagem, o real que aprendemos a situar com o termo *lalíngua*. Se o sujeito tampouco assim conseguiu a correta comunicação com sua mulher é porque o engenho "encontrou com a mesma barreira que nós encontramos: a interface entre cérebros, a linguagem [...] Comparada com o instantâneo e preciso da transmissão na rede neuronal, nossa linguagem é um código ambíguo e impreciso... E falar, que lenta e primitiva maneira de emitir e receber ondas sonoras!". Dessa forma, se os corpos se tornaram um estorvo, a linguagem humana, que se mostra absolutamente inexata e ineficaz, equívoca e parasitária, imbuída de um gozo inútil, também o será. Permanece, todavia, na opinião do próprio cientista, um resto impossível de eliminar: essa presença da linguagem nos corpos, um real do qual esse gozo inútil é o melhor testemunho.

Foi exatamente neste gozo inútil onde a psicanálise encontrou o sujeito do Isso, aquele que fala sem que eu saiba, esse Isso que sempre era -"Onde Isso era..."- e ao que Eu, como sujeito, devo

advir, retomando a fórmula da ética freudiana relida por Lacan. E Isso sempre fala, embora o faça de modo que parece primitivo, Isso sempre goza lá onde o sujeito menos sabe. E, também no cientista.

Retomemos, então, a preciosa expressão de Lacan: falar com o corpo será sempre o melhor testemunho deste Outro que a psicanálise descobriu com o nome de inconsciente, e que nos convoca, com tanto entusiasmo, para nosso próximo VI ENAPOL.

Tradução: Ilka Franco Ferrari

(1) Em "Presentar el cuerpo", consultável na Web do ENAPOL: http://www.enapol.com/es/template.php?file=Textos/Presentar-el-cuerpo_Ricardo-Seldes.html

(2) Jacques Lacan, *O Seminário, livro 20, Mais, ainda*, Jorge Zahar Editor, 1985, p.161.

(3) Ver a entrevista no Jornal "La Vanguardia", do dia 19 de Novembro de 2012: <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20121119/54355365278/la-contra-kevin-warwick.html>

(4) Evocamos aqui o poeta catalão Gabriel Ferrater: "No sóc sinó la mà amb què tu palpeges".